

fiel al papel que se había impuesto, no conservó para sí un palmo de tierra siquiera, y repartió las conquistas entre sus dos aliados mas poderosos en esta guerra, dando á los Rodios la Caria y la Licia, y á Euménas las dos Frigias, la Lidia, la Jonia y el Quersoneso. Pero no perjudicó tanto á Antíoco la pérdida de parte de sus Estados, como el haberle puesto á su inmediación aquel rival y explorador tan poderoso, como se había puesto á Masinisa junto á Cartago, y las Ligas etolia y aquea junto á Filipo.

Seléuco IV. 186.

Antíoco fué despues asesinado al querer apoderarse de los tesoros de un templo para pagar el tributo que se le había impuesto; y su hijo Seléuco IV Filopator vivió en la paz á que le obligaba la flaqueza de sus medios. Despues de la derrota de Antíoco se había hecho la Armenia independiente, y los dos gobernadores, Artaxias y Zariádras, constituyeron los dos reinos de la grande y la pequeña Armenia, que en la época siguiente veremos figurar en la historia de Roma.

Los Gálatas.

Ya hemos dicho que los Galos se establecieron un siglo ántes de estos sucesos en la Frigia, fundando allí una aristocracia militar, y gobernando el país por medio de doce tetrarcas electivos y temporales, que constituían el consejo de gobierno, ademas del cual había un consejo compuesto de trescientos miembros, custodio de los privilegios de la raza conquistadora, y tribunal supremo de justicia. No quitaron á los vencidos la religion: los Griegos continuaron adorando á Júpiter y Diana, y los Frigios á la Diosa Madre; venerada en Pesinunte, en una

as naves largas, con las velas y aparejos, y no tuviese mas de diez naves cubiertas, y ninguna de corso con treinta remos, ni siquiera con el objeto de una guerra principiada por él; que no navegase mas allá del rio Calicadno y el promontorio Sarnedon, sino en los casos de conducir tributos, embajadores ó rehenes; que se abstuviese de levantar gente en países sujetos á los Romanos, y de acoger á los extranjeros; que todas las cosas de los Rodios y de sus aliados, comprendidas en el reino de Antíoco, fuesen de aquellos, como ántes de la guerra promovida por él; que si les debiese dinero fuese exigible, y si alguna cosa se les hubiese quitado, se buscara y restituyese; que los efectos pertenecientes á los Rodios quedasen exentos de gravámen, como ántes de la guerra; que si Antíoco hubiese dado á otros algunas ciudades de las que debía devolver, hiciese salir tambien de ellas las guarniciones y la gente, y si alguno recurriese á él despues, que no lo recibiera; que diese á los Romanos de la mejor plata ática doce mil talentos en doce años, pagando en cada uno de ellos mil, y que no pesase el talento ménos de ochenta libras romanas; y ademas cuatrocientos cuarenta mil modios de trigo; que diese á Euménas trescientos cincuenta talentos en los próximos cinco años, á prorata, como á los Romanos; que en vez de trigo, conforme lo había valuado el rey Antíoco, pagase ciento veinte y siete talentos y las mil doscientas ocho draemas, que el rey Euménas había consentido en tomar, conviniendo así mejor á su tesoro; que diese veinte rehenes, renovándolos de tres en tres años, los cuales no habían de bajar de diez y ocho años; ni tampoco pasar de cuarenta y cinco, que si en la cantidad de los desembolsos anuales hubiera alguna diferencia, se compensase al año siguiente; que si algunas de las ciudades ó naciones contra quienes quedaba pactado que Antíoco no hiciese la guerra, fueran las primeras en hacérsela, tuviese la facultad de sostenerla, pero sin establecer dominio sobre ellas ni tenerlas por amigas; que las quejas y agravios que hubiese entre ellas y el rey se decidiesen en juicio arbitral; por último, que si ambas partes contratantes, de comun acuerdo, quisieran añadir cualquiera cosa al tratado, ó suprimirla, les fuese lícito hacerlo. POLIBIO, *Fragm.* 26 del libro XXII.

piedra negra é informe caída del cielo, con las locuras y obscenidades de los Galos. Durante la segunda guerra púnica leyeron los Romanos en los libros sibilinos que cuando un extranjero invadiese la Italia, se debía conducir á Roma la Cibéles de Pesinunte, con cuyo objeto expidieron embajadores á Frigia, y los Frigios se la concedieron.

Los Galatas militaban á sueldo de los reyes de Siria y de Pérgamo; mostrándose siempre aliados indóciles y peligrosos. Con esto y los latrocinios adquirieron tales riquezas, que Ariamno, uno de sus feudatarios, tuvo un año entero mesa abierta, obligando aun á los pasajeros á detenerse hasta haber aceptado su hospitalidad (1). Aníbal y Antíoco habían pensado atraerlos á la liga que meditaban, pero ellos contestaron que se hallaban bastante seguros atacó sus montes. No obstante el pretor Manlio entre á las tres tribus de los Trocmos, Tolisto-^{189.} boyos y Tectósagos, y ayudado por los sacerdotes frigios, los venció y obligó á devolver todas las tierras quitadas á los aliados de los Romanos, á cesar en sus latrocinios, y á contraer alianza con Euménas, encargado de refrenarlos.

En su derrota merece recuerdo Quiomana, esposa del tetrarca Ortiagon, la cual habiendo caído prisionera, fué confiada á la custodia de un centurion, que libidinoso y avaro usó con ella de violencia, y luego le prometió la libertad si pagaba en rescate un talento ático. Avisó ella á sus parientes, que al tiempo convenido remitieron el rescate á la orilla de un rio, adonde habiendo llegado, mientras el centurion pesaba el dinero, mandó Quiomana á los esclavos que lo matasen, y cortándole la cabeza se la llevó á su marido. Oyendo este lo acaecido, exclamó: *¡Oh mujer, cuán bella cosa es la fidelidad!* Cierto, contestó Quiomana; *pero es mas bello que pueda yo decir: dos hombres vivos no se alabarán de haberme poseído.*

Sus mujeres.

Recuerda tambien la historia á Camma, mujer del tetrarca Sinátes, de quien se enamoró tan perdidamente el jóven Sinórix, que no pudiendo aquietar ni apagar su pasion, mató al marido, y despues la pidió á sus padres. Hostigada por estos, consintió en aquel enlace, pero el dia de las bodas bebió en el altar y dió á beber á su nuevo esposo una copa envenenada, y murió gloriándose de su venganza (2).

Las ciudades de la Troade, de la Bolido y de la Jonia ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de estas hordas; y así Roma continuaba presentándose como libertadora, habiendo llegado á ser en diez años, no la señora, sino la árbitra del mundo, desde el Eufrates al Atlántico. Los Estados principales se hallaban de tal suerte debilitados, que no habrían desplegado una bandera sin su asentimiento: el Egipto desde el año 201 se había entregado á su tutela;

(1) ATENEJO, IV, 10, 13, 15.

(2) VAL. MAXIMO, VI, 1.—SUEVAS EN V. ΟΡΤΙΧΩΝ.—FLORO, I, 41, A. VICTOR, 55. — PLUTARCO, *De la virtud de las mujeres.*

y los Estados pequeños ambicionaban su amistad ó invocaban su proteccion. Roma estaba presente en todas partes mediante sus emisarios, que bajo el carácter de embajadores eran espías y agentes sediciosos; fomentaba las rivalidades recíprocas, las facciones intestinas y las guerras exteriores aun en los mas pequeños países; acogia todas las quejas que se dirigian contra Filipo, contra Antíoco, contra los Etolios; daba siempre la razon á los débiles contra los fuertes, y lo que es mas maravilloso, tantas guerras no la habían enflaquecido, ántes bien enviaba nuevas colonias: tan eficaz era su sistema de reformarse continuamente con las gentes italianas y con los libertos que se asimilaba.

CAPÍTULO XI

Interior de Roma.

Mientras la Grecia, en el abrazo de esta pretendida hermana, perdía la libertad, Roma perdía su carácter original, y el vencido Oriente se vengaba difundiendo sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Los Romanos, habiéndose conservado puros mas bien por la ignorancia del vicio, que por doctrinas discutidas ó severas creencias, apenas conocieron el lujo y las costumbres de Asia, se precipitaron en ellas. No solo en secreto, sino ya públicamente en el foro y en el Capitolio, se adoraba á los dioses con ritos distintos de los patrios: el Latino Saturno se casó con la Griega Rea; al Sabino Marte se le quitó la antigua esposa Neriena, y se le confundió con el Ares homérico; el Etrusco Jano se convirtió en Diana, permaneciendo no obstante junto al Zeus de los Griegos, y precediéndolo siempre en las invocaciones; y á los dioses agrícolas y pastoriles reemplazó una generacion de númenes guerreros, entre los cuales descollaba Rómulo. En el año 534 de Roma decretaba el Senado que se demolicen los templos de Isis y Serápis, y como ningun ciudadano osaba poner la mano en la obra profana, L. Emilio Paulo dió el primer hachazo en sus impostas; ochenta años despues, el pretor C. Cornelio Híspalo arrojó de Roma y de Italia á los Caldeos astrólogos y á los adoradores de Júpiter Sebatío. Ya hemos dicho que en la segunda guerra púnica, acaso para reanimar el valor, se hizo trasportar de Frigia á la diosa Cibéles, gérmen de nuevas supersticiones.

Estas se aumentaban en los peligros, aunque nunca se multiplicaron tanto los prodigios como durante la guerra con Cartago: un niño de seis meses gritó *triumfo* en el mercado de las verduras; aparecieron en el cielo figuras de naves; cayó un rayo en el templo de la Esperanza; Juno blandió la lanza; llovieron guijeros en el Piceno; en otros puntos brotó sangre; se abrieron los cielos; sudaron las imágenes; hubo gallinas trasformadas en gallos; nacieron cabras lanudas, y la luna chocaba con el sol ó aparecía de doble magnitud. Para desviar los sinies-

tros presagios, se aumentaban las devociones, de manera que parecia que otros númenes y otros hombres habían reemplazado á los anteriores (1).

Que si la variedad de ídolos y la introduccion de cultos extraños en la Grecia era mas que otra cosa fuente de nuevas bellezas, entre los Italianos, inclinados naturalmente á aplicar las ideas á la práctica, alteraban la vida y la conducta, y daban alimento á la ferocidad y al sensualismo. La lascivia y los espectáculos sangrientos parecieron, pues, religion; el pueblo acudia á los juegos de gladiadores, costumbre tomada de la Campania, saciándose en el espectáculo de la matanza; y en las bacanales se entregaba á increíbles excesos de voluptuosidad. Antíguo era entre los Etruscos el culto de Baco, símbolo de la vida y de la destruccion, y tres dias cada año se hacian las iniciaciones, de dia y por mujeres solas. Paula Minia, sacerdotisa de Capua, y un sacerdote griego, pervirtieron estas fiestas reuniendo á hombres y mujeres, y aumentando hasta cinco por mes el número de las reuniones nocturnas. Varron describe las pompas báquicas en Lavinio, en las que se llevaba en procesion la figura del falo sobre un carrito, y la mas casta matrona lo coronaba (2).

Bacanales.

Se habían llevado secretamente aquellos ritos á Roma desde la Etruria y la Campania, y Tito Sempronio Rutilo propuso á su yerno iniciarlo en ellos. Dió este noticia de la proposicion á una querida suya, la cual, llena de terror, le infundió la sospecha de que pudiera ser un artificio de aquel para perderlo y evitar así el rendirle cuentas de los bienes que administraba. Creyólo este fácilmente, y se refugió al lado de una tía, la cual denunció el caso á los cónsules, y de este modo se descubrieron aquellos misterios. En ellos se mezclaban confusamente los iniciados en la oscuridad; y despues corrian como furiosos al Tiber, apagando en él las antorchas, y el que rehusaba tomar parte en estas infamias era cogido por una máquina y precipitado en profundos abismos. El terror vulgar, la astucia aristocrática, el hábito de juzgar perverso cuanto era arcano, habrán alterado as narraciones, de modo que es imposible adivinar lo que tengan de verdicas; pero sabemos que de noche se pusieron guardias y se hicieron indagaciones; siete mil iniciados se descubrieron solo en Roma; muchísimas mujeres declaradas culpadas fueron entregadas á sus parientes, que les impusieron suplicios domésticos; y luego de una á otra ciudad se extendió la investigacion, encontrándose una multitud de complicados en todas partes.

Otras atrocidades se multiplicaban, y en un solo año fueron convictas ciento setenta mujeres de haber envenenado á sus maridos para pasar á los brazos de otros nuevos; y atrocidades debo llamarlas, bien fuese real la culpa, ó bien la ley hubiera castigado á inocentes. ¿Qué diré

(1) LIVIO, XXV, 4, XXIX, 5.

(2) AP. AGUST., *De civ. Die*, VII, 24.

de las ceremonias con que se invocaba ó se celebraba la victoria como el sepultar hombres vivos ó degollarlos en masa en los triunfos?

Era no obstante aquel el tiempo en que las costumbres se refinaban con la mezcla extranjera. La medicina había estado abandonada al principio á la superstición y al empirismo: el censor Catón, á la moda pitagórica, consideraba las coles como una panacea; prohibía á las mujeres dar nada á las bestias enfermas, arreglaba segun el número la composición de los ingredientes en los remedios para las terneras, y pretendía curar las lujaciones con fórmulas mágicas (1). El Griego Arcagato fué el primero que ejerció en Roma la medicina racional. Valerio Mesala llevó de Sicilia el primer cuadrante solar, y tanto se ignoraba toda clase de arte, que se pensó podría servir para Roma, aunque hecho para un meridiano distinto. Escipion Nasica introdujo despues las clepsidras; otro Escipion fué el que inventó la moda de afeitarse la barba, y el lujo creció de tal suerte, que habiendo tratado la ley Apia de ponerle un freno, levantaron gran tumulto las mujeres en la ciudad, corriendo por todas partes sin reserva ni pudor amenazando con dejar de ser madres. ¡ Las mujeres, de quienes hasta el apacible Escipion Africano decía que estaban educadas en las artes de histriones y deshonestos prestigios (2)!

Por otra parte, el lujo no estimulaba las artes, como entre un pueblo industrial, sino que á fin de alimentarlo, era preciso robar á los enemigos y arruinar á los clientes. Los senadores, para hacer dinero, construyeron naves con que ganar en los trasportes. En toda casa grande se mantenía á un esclavo griego que enseñase á los niños la lengua de Homero y la generosidad: ¡ un esclavo! Livio Salinator, aquel hombre severo que en su censura amonestó á veinticuatro de las treinta y cinco tribus, tenía por ayo de sus hijos al Tarentino Livio Andrónico, que vertió al latín la Odisea, y fué el primero que presentó en escena imitaciones de dramas griegos. Paulo Emilio tenía la casa llena de pedagogos griegos, sofistas, gramáticos, retóricos, escultores, pintores, escuderos y cazadores. De Escipion Africano fué cliente y panegirista Ennio, natural de Rudia en Calabria, centurion en Sicilia y España, que se alababa de tener tres almas, porque sabía el osco, el griego y el romano, y el cual, queriendo que la Italia añadiese la gloria de los versos á la de la espada, escogió por tema de una epopeya la primera guerra púnica y el perpétuo elogio de los Escipiones.

Decía este poeta que subsistía Roma porque

(1) *Luxum si quod est, hac cantione sanum fiet. Herundineni frende... incipe cantare in malo. S. F. motas vela daries dardaries astatutaries, die una paries usque dum ceant... Vel hoc modo: huat hanat huat ista pista sista, domiabo damnaustra et luxato. Vel hoc modo: huat, huat, huat ista sis tarsis ardanuabon donnaustra (S. F. quiere decir Sanitas fracta). De re rust., c. 160.*

(2) *Docentur prastigias inhonestas, eunt in ludum histriionum, in ludum saltatorium, inter cinados virgines. En MACROB.*

conservaba las antiguas costumbres (1), y sin embargo habían sido alteradas por otras nuevas, principalmente por sus Escipiones. Contra ellos osó alzar la voz otro poeta, el Campanio Nevio, que para hacer la guerra á la aristocracia y á los partidarios de las costumbres griegas, prefirió á los metros jónicos el *hórrido número saturnino*, indígena del Lacio. Nevio inventó la tragedia *protestata*, en la cual á los héroes extranjeros vestidos con el palio reemplazaron caracteres y trajes nacionales, y lanzaba los dardos de su censura contra aquellos soberbios Claudios, Metelos y Escipiones.

Estas y otras familias poderosas conservaban tenazmente las formas de la patria potestad, con las cuales sus antepasados habían dirigido antiguamente las familias de clientes y de esclavos; y favorecidas también por la victoria y por su mérito personal, traspasaban las leyes y ponían el orgullo en el lugar de la razón, el derecho heroico en el de la ley escrita, impidiendo á la plebe reducir á hecho la igualdad que ya de derecho había adquirido. Nevio, por tanto, hacía exclamar á sus personajes: *Sufrid, ya que tambien sufre el pueblo; y al pueblo: No osarán atacar estos reyes lo que yo he sancionado en el teatro con mis aplausos. ¡ Cuánto sobrepaja aquí la tiranía á la libertad!* Habiendo dicho en un verso: *Los Metelos nacen cónsules en Roma*, estos le contestaron en igual tono: *Los Metelos causarán daño al poeta Nevio* (2). En efecto, lo hicieron poner en prisión; pero allí continuó escribiendo; atacó á los Escipiones, y recordó que el famoso Africano había sido sacado una vez por su padre fuera de la casa de su querida sin llevar mas que el manto sobre los hombros. Los Escipiones invocaron contra él la ley de las Doce Tablas que imponía la pena de muerte al autor de libelos infamantes; pero los tribunos se interpusieron, y pareció bastante la pública exposicion y el destierro á África. Al marcharse compuso su epitafio, lamentando que hubiese perecido con él la originalidad italiana. El pueblo no lo olvidó; dedicó una puerta á su memoria con su nombre, y todos, aun en los tiempos de Horacio, lo sabían de memoria (3).

Reyes llamaba Nevio á aquellos magistrados, y tales parecían en efecto, pues que se sobreponían á las leyes: Cayo Flaminio, cónsul, chocaba no solo con el Senado, sino con los númenes inmortales; despreciaba la majestad de los padres y de las leyes, y los auspicios de los dioses (4). Quincio Flaminio, que se había burlado de los Galos, era príncipe del Senado. Ligándose entre sí con los vínculos del parentesco, oponían su fuerza comun y la de los clientes á la ley y á la justicia, y ostentaban ciertos rasgos de costumbres heroicas, que aun

(1) *Moribus a. uis res stat romana vireisque. En SAN AGUSTIN.*

(2) *Fato Metelli Romæ sunt cónsules; Dabunt malum Metelli Nevio poeta. Metellus, quiere decir gana pan.*

(3) *VARRON, De Lat. Lingua, IV, 43.*

(4) *T. LIVIO, XXI, 27, XXII, 4.*

se reproducen en estos tiempos. Acusado Fabio por un tribuno, responde: *Fabio no puede ser sospechoso á sus conciudadanos*; siendo acusado un yerno suyo de traicion, se presenta y dice: *Si fuese reo, no habria continuado siendo mi yerno*, y esto bastó para que se le absolviese. Emilio Escauro, acusado de haber hecho traicion á la república por dinero, declaró falsa la acusacion y con esto quedó libre. Hasta un Metelo fué presentado como reo de concusion, y el Senado apartó la vista de los registros presentados en prueba (1). Escipion Africano, llamado á rendir cuentas del dinero malversado, recordó sus victorias sobre los Cartagineses y se salió del tribunal.

He dicho que estos rasgos son interesantes; pero ¿ qué debía ser la plebe allí donde valían á los nobles semejantes disculpas? Escipion Africano rehusó el consulado vitalicio; pero siempre retuvo un poder dictatorial. Vacilando un día los cuestores si abrirían el Erario público porque las leyes lo prohibían, él, aunque particular, tomó las llaves y lo abrió. Su estatua se hallaba en el santuario de Júpiter; en el Capitolio estaba la de Lucio Escipion, con manto y coturnos á la griega (2); y unos y otros favorecían á los literatos á la manera de los reyes. Plauto y Terencio fueron protegidos por Escipion y por Lelio, en tanto grado, que se dice les ayudaron en sus composiciones; y el filósofo Panecio y el historiador Polibio lo acompañaban en las expediciones que emprendían.

Terrible para las innovaciones y la aristocracia fué la censura de Marco Porcio Catón. Este joven plebeyo, sagaz como lo denotaba su sobrenombre (*catús*), animoso en los hechos, elocuente y mordaz en la palabra, de diez y siete años militó contra Anibal; luego habitando en Túsculo, recorría las ciudades del contorno por la mañana haciendo gratuitamente de abogado; despues á la vuelta se ponía desnudo á labrar los campos con sus esclavos, comía con ellos, y bebía como ellos vino, ó agua y vinagre. Sin embargo, á sus ojos aquellos esclavos no eran mas que bestias; los compraba, instruía y revendía, diciendo que un buen amo de casa debía vender los carros viejos, los utensilios y cosas viejas, y los siervos viejos. Había fijado un impuesto para los esclavos que quiesen yacer con una esclava; despues de cada banquete hacía azotar á los que se habían mostrado negligentes en el servicio, y procuraba mantener entre ellos continuas disensiones, temiendo que se pusieran de acuerdo. Posteriormente ejerció la usura mas infame de entónces, la marítima: algunas veces se embriagaba: en su casa mantenía relaciones con una esclava, y á los ochenta años se casó con una niña hija de un cliente suyo.

Este es el modelo de la antigua severidad, el reformador de la corrupcion romana, aquel cuyo nombre aun denota proverbialmente una persona severa é inmaculada. Valerio Flacco lo

(1) *VAL. MAX., II, 40, III, 8, IV, 1, 3, VIII, 3.*

(2) *Idem III, 7, 16, VIII, 43.*

llamó á Roma, donde protegido por los Fabios, llegó á ser tribuno de una legion, cuestor, pretor, cónsul, y despues censor con su antiguo patrono. Siendo pretor en España, despidió á todos los proveedores de víveres, diciendo que la guerra se alimentaría á sí misma: en trescientos dias tomó cuatrocientas ciudades ó aldeas, que en el acto mismo hizo dismantelar: entregó en el Erario inmensas riquezas, pero en el acto de embarcarse vendió su caballo de batalla, para ahorrar, decía, los gastos del pasaje al fisco. Había hecho á pié todas las marchas, llevando sus propias armas, con solo un esclavo que llevaba el poco alimento que le bastaba para vivir. Obtuvo los honores del triunfo, pero apenas había depuesto el aparato triunfal, marchó como simple tribuno contra Antíoco el Grande, y el general confesó que á él solo debía la victoria de las Termópilas, y lo envió á llevar la noticia á Roma.

Mientras los Romanos no sabían mas que admirar las cosas de Grecia, Catón por un sentimiento de excesiva nacionalidad solo sabía vilipendiarlas. Jamas quiso oír hablar de aquella literatura, y si posteriormente leyó á Tucídides y Demóstenes, fué para juzgarlos con severidad. Sócrates le parecía un charlatan turbulento, que con peligrosas novedades agitaba á la patria; acusaba á Isócrates de dejar que encaneciesen sus discípulos en la escuela, de suerte que en adelante no podían ir á perorar mas que á los Campos Elíseos; reprendía á su hijo porque estudiaba los autores griegos; odiaba á los médicos de aquella nacion, diciendo que querían quitar del mundo á todos los Bárbaros, incluso los Romanos, y sobre todo detestaba su elocuencia, especialmente desde que Carneades, enviado á Roma como embajador, había sostenido un dia la justicia, y la había combatido al siguiente.

Por lo dicho se ve cuán encarnizado enemigo debió de ser Catón de las innovaciones en Roma. « Los ladrones particulares (gritaba) son encadenados y azotados; los ladrones públicos se visten de oro y de púrpura. Temblad ante los males que nos prepara el porvenir. Saboreemos las delicias de Grecia y de Asia: nuestras manos han tomado los tesoros de los reyes: señores de tantas riquezas, á poco mas seremos sus esclavos... Con traernos las estatuas de Siracusa introdujo Marcelo entre nosotros peligrosos enemigos: ya no oigo mas que á gente que admira el mármol y buril de Corinto » y de Atenas, riéndose de nuestros númenes de barro (1). » Propuso, pues, leyes sumtuarias, corrigió á muchos consulares y depuso hasta á

(1) *A. GELIO, XI, 48. — « ¡ Qué hombre fué Catón, dioses inmortales! Prescindamos del ciudadano, del senador, del general de los ejércitos; y examinemos en él solamente al orador. ¿ Quién mas grave que él en los elogios? ¿ Quién mas ingenioso en los sentimientos? ¿ Quién mas sutil en la polémica y en la exposicion de la causa? Sus ciento cincuenta oraciones (que á este número ascienden las que he encontrado y leído hasta ahora) están llenas de cosas y de expresiones magníficas... todas las virtudes propias de un orador se encuentran en ellas. ¿ Qué belleza y qué elocuencia no tienen sus Orígenes?... Es verdad que alguna vez es*

un senador porque se había dejado sorprender por su hija besando á su mujer.

Pero su infatigable actividad, si bien nacía del patriotismo, se alimentaba y enardecía con el rencor personal. Cuando estaba de cuestor en Sicilia, habiendo acusado al Africano de excesiva suntuosidad y de imitar demasiado á los Griegos, este lo despidió, diciendo: *No sé qué hacerme de un cuestor tan exacto: tengo que par cuenta de las empresas, no de los gastos.* No se olvidó Caton de este dicho, y cuando llegó el caso, exigió á los Escipiones estrecha cuenta de su conducta en la guerra contra Antíoco. Se podía decir verdaderamente que aquellos la habían hecho por su cuenta y propia voluntad, guerreando aun en los países donde el pueblo no había decretado que se entrase, arreglando á su gusto las paces; y ¿quién sabe las sumas que habían sacado al Asia y á los sucesores de Alejandro, enriquecidos con los despojos del mundo! Citado Escipion como reo de distracción de los caudales públicos, oyó la acusación, y en seguida subiendo á la tribuna: *Romanos, dijo, en este mismo día, con los auspicios de los dioses, vencí en África á Anibal y los Cartagineses. Subamos al Capitolio á dar gracias á los nùmenes, y á rogarles que nos concedan siempre jefes que se me parezcan.* Y todos, pueblo, tribunos, jueces y acusadores lo siguieron al Capitolio, proporcionándole así un triunfo aun mas señalado que los primeros, pero en el cual no eran Anibal ni Sifaz los vencidos, sino la santidad de las leyes republicanas. Despues, habiendo acusado los tribunos á un hermano suyo, les quitó de las manos y rasgó los registros diciendo: *No rendiré cuenta de cuatro millones de sextercios, yo que hice entrar en el tesoro doscientos millones, sin conservar para mí otra cosa mas que el nombre de Africano.*

Últimos alientos del heroísmo patricio, que

antiguo su estilo, é ineultas algunas palabras, porque así se hablaba entonces; pero cambiadas, cosa que él no pudo hacer entonces, añadidas armonía, adornada mas el estilo... y entonces ninguno ciertamente podrá superar á Caton. » Cicero, *De oratore*, nº 17.

Mas magnífico aun, por lo que tiene de mas universal, es el elogio que hace Tito Livio. « M. Porcio Caton superaba con mucho á plebeyos y patricios aun de las mas ilustres familias, y era de tan grande ánimo y tanto su ingenio, que en cualquiera condicion en que hubiese nacido habría formado su fortuna. No hay arte alguna tocante al manejo de los negocios públicos y de los privados que él ignorase. Con igual cordura administraba los negocios de la ciudad que los del campo. Unos se elevan á los honores supremos por el estudio de las leyes; otros por la elocuencia; otros por la gloria de las armas; Caton tuvo un talento tan adecuado para toda arte, que se le habria creído nacido únicamente para aquella, cualquiera que fuese, á que se le veía dedicado. Valeroso en las batallas y célebre por muchas ilustres victorias, despues de haber llegado á grandes honores, fué general supremo de los ejércitos: en la paz ademas era peritísimo en las leyes, y elocuentísimo en las arengas. Ni fué de aquellos que solamente en vida son dignos de grande aprecio, y que no dejan ningun monumento en pos de sí, antes bien todavía vive y es honrada su elocuencia, consagrada, por decirlo así, en los libros que compuso sobre todas materias. »

En Plutarcó la vida de Caton representa el límite entre el antiguo modo de vivir italiano y el nuevo á la extranjera. Á los hombres prudentes no se les oculta qué clase de virtudes son las que se recomiendan á los jóvenes con la lectura de Plutarcó.

cedía ante la preponderante voz popular. Escipion se desterró voluntariamente á Linterno, donde los tribunos no lo molestaron, pero tampoco solicitaron su vuelta, y donde al morir hizo poner en su tumba esta inscripcion: *Ingrata patria, no poseerás mis huesos.*

Continuó la causa contra su hermano, y á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Caton y sancionada por el voto unánime de las treinta y cinco tribus, se declaró: que Lucio Escipion, por conceder mas favorables condiciones á Antíoco, había recibido de este seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata, ademas de las entregadas al erario; que á Hostilio, su legado, se le habían dado ochenta de oro y cuatrocientas tres de plata; y á C. Furio, cuestor, ciento treinta de oro y doscientas de plata. ¡Tan lejanos estaban ya los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipion, que no se halló con medios para pagar la multa, parece una prueba de su inocencia; pero estaba dado el golpe á la aristocracia; y Caton cobró ánimo para continuar las investigaciones; de las cuales ¿quién podía librarse cuando los Escipiones habían sucumbido?

Politico Pero cuando una república está en las manos de un cuerpo como el Senado romano, poco importa que cambien los personajes, pues su caída es reparada pronto por otros. Y en verdad, ¿cómo esperar el mejoramiento de los individuos, cuando procedian del público los ejemplos de corrupcion; cuando la severidad censoria no impedía á Caton proceder con política astuta é inmoral; cuando la cábala, el fraude, la traicion y la violencia conculcaban ó eludían el derecho de las naciones? Dos enemigos continuaban todavía inspirando recelos á Roma: Anibal y Filipo; y mientras vivieran debía temer una liga general: por eso halagaba á Antíoco, á los Rodios, á la Acaya y á Euménes, y espiaba cada paso de Anibal, infatigable en buscar enemigos á los Romanos. Dió oídos Prusias á este gran capitán, y gracias á él alcanzó una victoria sobre Euménes. Entonces Roma envió á Flaminio, el libertador de la Grecia, á intimar á Prusias II que entregase á Anibal, el cual solo se libertó dándose la muerte el año mismo en que moría en Linterno su vencedor. Al morir decia el Cartagines: « Libertemos á Roma de tan grave cuidado, pues que tanta impaciencia muestra por la muerte de este odiado anciano. » Pero Flaminio obtendrá una victoria infame é indigna de aquellos antepasados suyos que dieron aviso á su enemigo Pirro del peligro en que estaba de ser envenenado. Su triunfo sobre un inerte viejo infamará á los Romanos en el porvenir. »

CAPITULO XII.

Los Aqueos. — Segunda guerra macedónica.

Libres de este temor, comenzaron los Romanos á fomentar las enemistades en Licia contra

Muerte de Escipion Africano. 184.

Politico

184.

183.

los Rodios, y en Esparta contra los Aqueos. Entre estos habían estallado las disensiones, eterna herencia de las repúblicas griegas; pero tuvieron la fortuna de tener al frente una serie de grandes personajes, como Arato, Cleoménes y Filopémenes. Este último, natural de Megalópolis, en la Arcadia, educado en los campos, de manera sencilla y hasta vulgares, dormía en una miserable cama, y labraba sus campos con sus viñadores y gañanes, reputando este arte como el único modo honrado de enriquecer la familia, y dedicando lo que ganaba en la guerra al rescate de prisioneros. Por lo demas, se creía obligado á aumentar su patrimonio, porque decia que difícilmente se abstiene de lo ajeno el que no posee nada suyo. Se complacia en las discusiones y en la lectura de los filósofos y de Homero, cuyos libros excitaban su imaginacion y estimulaban su valor. Cuando se hallaba en marcha ó acampado, proponía á los soldados que discutiesen qué partido tomarían en el caso de ser sorprendidos en aquella posicion. Nombrado general de la caballería aquea, lleno del valor y de la experiencia que faltaban á Arato, mejoró los ejércitos, enseñó á combatir á pié firme, varió los escudos y las lanzas, dió celadas, corazas y canilleras, encaminando la afición al lujo á cosas de utilidad para el armamento guerrero, de suerte que las mujeres hacían cimeras, cotas y gualdrapas. Sabía asimismo dirigir las intrigas políticas, y sostener la dignidad de la liga, cuando ya Roma manifestaba sus pretensiones (1).

Mientras que el intento de los Aqueos consistía en comprender en la liga todo el Peloponeso, las varias ciudades de este, principalmente Mesene y Esparta, con su deseo inconsiderado de independencia, solo se cuidaban de intereses personales. Macánidas, que se había hecho tirano de Esparta, amenazaba la libertad de los demas pueblos, por lo cual lo atacó Filopémenes en Mantinea, y le dió la muerte. En breve lo substituyó Nábis, que ejerció una implacable tiranía por espacio de catorce años. Á este tambien le hizo la guerra Filopémenes, y habiendo libertado á Esparta, la unió á la liga. Agradecida Lacedemonia, decretó que se ofreciesen á Filopémenes ciento veinte talentos, producto de la venta de los bienes de Nábis; pero era tan conocido su desinterés, que ninguno quiso encargarse de llevarselos, hasta que al cabo se presentó su amigo Timolao, quien viendo de cerca la austera sencillez del general aqueo, no se atrevió al principio á hacerle la oferta. Cuando despues se la hizo, Filopémenes le escuchó en silencio y tomó con él el camino de Esparta, donde dió las gracias á los ciudadanos, y les aconsejó que empleasen aquel dinero en comprar á los que agitaban al pueblo en su ciudad, porque era mejor cerrar la boca á un enemigo que á un amigo como él.

Pero la Liga se resentía ya demasiado del in-

(1) La vida de Filopémenes está en Plutarcó tomada casi en su totalidad de la que se ha perdido de Polibio.

flujo romano. Habiendo surgido discordias con Mesene y con la Elide, se interpuso Flaminio, apaciguó las divisiones, y comparando la federación aquea á una tortuga, poderosa mientras está guarecida bajo su concha, pero en peligro si saca la cabeza ó los piés, la persuadió á que concediese á los Romanos la isla de Zacinto que acababa de comprar. Estos desde Cefalonia, posesion suya, podían llegar en breve al Peloponeso; y de allí precisamente acudió el pretor Fulvio Nobilior para sosegar otras disensiones y disponer las cosas á gusto del Senado romano. Mas serios motivos de enemistad surgieron con Esparta. Habiendo esta inquietado á sus emigrados que estaban bajo la proteccion de los Aqueos, Filopémenes aprovechó la ocasion para humillarla; é invadiéndola, hizo matar cruelmente á ochenta, y algunos dicen trescientos cincuenta Espartanos; desterró á los que habían recibido de los tiranos el derecho de ciudadanía; vendió á los que no le obedecieron, y con el precio edificó un pórtico en Megalópolis; y por último, obligó á los restantes á derribar las murallas, á recibir colonos de Acaya, á abandonar las instituciones de Licurgo, y á educar á sus hijos segun las costumbres aqueas.

Creyéndolo la principal fuerza de la Liga, envió Filipo gente encargada de matarlo, pero no lo consiguió. Habiéndose rebelado despues Mesene, Filopémenes, aunque sexagenario, fué enviado para someterla; pero cayó en el combate, y hecho prisionero por los Mesenios, lo condujeron en bárbaro triunfo á su ciudad, y despues lo condenaron á beber la cicuta. Filopémenes la bebió tranquilamente: preguntó al verdugo qué había sido de su ejército, y al saber que había quedado vencedor, *Buenas nuevas*, exclamó, *si no se ha echado todo á perder.*

Y murió en paz: pero Mesene fué castigada severamente por Licórtas, su sucesor, que guió á la juventud aquea, sumamente ansiosa de vengar al gran capitán. Con Filopémenes había sucumbido, sin embargo, el último de los Griegos; y los Romanos formaron fácilmente una faccion suya entre los Aqueos, sobre todo desde que el vil Calícrates, vendiéndose á ellos, comenzó á preparar por medio de la corrupcion la ruina de su patria.

Poco tardó tambien Filipo de Macedonia en reparar que las consideraciones obtenidas de los Romanos provenían únicamente del temor de hacérselo enemigo interin tenían en perspectiva el poder de Antíoco. Aquel rey, que por las circunstancias y por su talento parecia llamado á representar un papel señalado en la suerte de la Grecia, no supo aprovechar la ocasion, ni ser enteramente bueno ó malvado por completo; vió disiparse todos sus proyectos como el humo, y casi no mostró habilidad mas que en parar los golpes.

Quando Roma le ordenó que desistiese del asedio de Lamia, le había permitido en compensacion que extendiera sus conquistas por la Atamania, la Tracia y la Tesalia. Allí expulsó á

Filopémenes.

205.

91.

Muerte de Filopémenes. 183.

Macedonia. 185.